



## Capítulo 601: Más invitados

Wukong bajó lentamente el ventilador y observó a Vergil con una mirada que mezclaba diversión y exasperación —el tipo de mirada de alguien acostumbrado a lidiar con su terquedad.

"¿Hablas en serio?" -preguntó Virgilio, frunciendo el ceño. "No me digas que ese acuerdo era real."

Wukong suspiró y el ventilador se cerró de golpe.

"Lo suficientemente real como para darle dolor de cabeza a medio panteón", respondió ella, con voz tranquila y serena, pero con un toque de ironía. "Wu Tian está a punto de llegar. Él va a luchar del lado del budismo."

Vergil levantó una ceja, claramente intrigado. "¿Wu Tian?" repitió, como si el nombre no significara nada para él. "¿Quién carajo es ese?"

Wukong guardó silencio por un momento. Su mirada —o la de él, dependiendo de cómo uno quisiera ver al Rey Mono— se volvió ligeramente impaciente.

"¿Lo has olvidado?" ella preguntó, sacudiendo la cabeza lentamente.

Virgilio cruzó los brazos y esperó.

"Ilumina mi memoria."

Wukong dejó escapar una pequeña risa nasal, pero había algo sincero en el sonido —quizás una punzada de nostalgia.





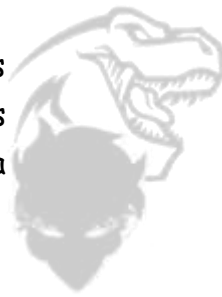
"Ese niño que luchó contra ti en el Vaticano," finalmente respondió.

Por un breve momento, el rostro de Virgilio permaneció inexpresivo. Entonces, poco a poco, apareció una sonrisa.

"AHHHH... ese chico con el falso Ruyi Jingu Bang," dijo, chasqueando los dedos como si finalmente hubiera recordado algo. "Tu discípulo, ¿no? El que se unió a la facción de héroes."

Wukong asintió y cerró el ventilador frente a su cara. "Él mismo. Y aparentemente, todavía tiene el mismo ego innecesario que antes."

Virgilio soltó una breve risa. "Ja. Entonces el 'discípulo' va a luchar por los monjes dorados... interesante." El tono de su voz dejaba claro que estaba más divertido que preocupado. "Espero que haya aprendido algo desde la última paliza."



"Se ha enterado", respondió Wukong, ahora en un tono más serio. "Ha aprendido lo suficiente como para no subestimarte otra vez."

Vergil inclinó ligeramente la cabeza, como si apreciara el desafío. "Eso es casi un cumplido."

Wukong se encogió de hombros. "O una advertencia."

Mientras ambos intercambiaban bromas como viejos conocidos, Ada observaba todo con una expresión cada vez más confusa.



Parpadeó, tratando de seguir el ritmo de esa conversación que parecía tener décadas de historia detrás.

Primero, el rey demonio actuando como si estuviera hablando con un viejo amigo... quien, aparentemente, no era otro que Sun Wukong, el Gran Sabio Igual al Cielo—, una de las figuras más caóticas e impredecibles entre los dioses.

Y ahora... ¿estaban hablando de monjes, discípulos y batallas en el Vaticano?

Nada de eso tenía sentido.

Se acercó un poco más, mirando de uno a otro.

"Espera..." comenzó, tratando de organizar sus pensamientos. "Ustedes dos se conocen... ¿tan bien?"



Vergil la miró por un momento y luego se volvió hacia Wukong, quien parecía al borde de la risa.

"'Bueno' es un eufemismo, Lady Baal", respondió el Rey Mono con un ligero tono de burla. "Tu marido y yo tenemos... algunos asuntos pendientes, si podemos decirlo así."

Los ojos de Ada se abrieron. "¿que?!"

Virgilio dio una media sonrisa, tranquilo, casi indiferente. "Larga historia." Y luego añadió, con un brillo provocativo en los ojos: "Y, curiosamente, se trata de ese problema del Papa, ¿recuerdas? Bueno, ella fue quien mató al Papa."



Wukong levantó su abanico frente a su cara y se abanicó una vez. "Eso es discutible, después de todo, me manipulaste con tus palabras, demonio."

"No me mires así, fue divertido, ¿verdad?" Virgilio replicó sin dudarlo. Ada miró de uno a otro, sin saber si reír, preocuparse o simplemente dejar de intentar comprender.

Su marido intercambiaba críticas amistosas con el legendario Sabio de los Cielos —una entidad que ni siquiera a los dioses les gustaba cruzar.

Y peor aún: ambos parecían estar divirtiéndose.

Cruzó los brazos y exhaló un suspiro resignado.

"Vamos," dijo Wukong. "Tenemos que hablar de... ya sabes." Dijo, mirando hacia un lado y señalando el segundo piso, donde una hermosa mujer la miraba.



"Tsk. Yama." Wukong murmuró.

Pero antes de que pudieran continuar, un fuerte sonido atravesó el aire —el ruido metálico de las antiguas cadenas, seguido de un gruñido gutural que reverberó a través de las columnas de la sala.

Virgilio se dio la vuelta lentamente.

Al otro lado de la plataforma, las cadenas que sujetaban a Cerbero comenzaron a temblar con una fuerza antinatural. Las tres cabezas se levantaron simultáneamente, los ojos triplicados ardían con un brillo infernal y una espesa espuma goteaba de sus bocas abiertas. Los afilados colmillos



reflejaban el fuego azulado de las antorchas, y cada aliento de la criatura sonaba como el rugido de un trueno atrapado dentro de una garganta.

"...Esto no es bueno", murmuró Ada, dando instintivamente un paso atrás.

Wukong miró hacia arriba, con su abanico todavía medio abierto frente a su cara, y tranquilamente levantó una ceja con un aire provocativo.

"Parece que el perrito sintió algo."

Virgilio mantuvo sus ojos fijos en la bestia, su expresión impasible. "Él no nos está mirando."

Y tenía razón.

Cerbera, incluso en su furia, no fijó su mirada en Virgilio, Ada o Wukong. El monstruo temblaba, las cadenas tintineaban, pero su triple mirada se dirigía hacia la colosal entrada del salón.

Las tres cabezas se inclinaron y luego soltaron un aullido que hizo temblar el suelo.

Un aullido de reconocimiento.

O miedo.

Wukong entrecerró los ojos. "...¿Miedo?"





Antes de que pudiera terminar, las estatuas doradas junto a la puerta comenzaron a moverse. Sus ojos se iluminaron con llamas doradas y, con el profundo sonido de los engranajes celestiales, las estatuas' manos se unieron, abriendo lentamente las puertas de Erebus.

Las llamas de las antorchas parpadearon y un fuerte viento sopló por el pasillo, disipando parte del polvo luminoso que aún permanecía en el aire.

"Ah... genial." Vergil suspiró y se ajustó el cuello del traje. "Otro invitado importante."

Las estatuas hablaban al unísono y sus voces resonaban como truenos apagados dentro de la bóveda de la sala:

"¡Anuncia! ¡Hércules, el héroe del Olimpo, hijo de Zeus y campeón entre los dioses!"

El impacto de las palabras resonó en el salón como si el nombre en sí tuviera un peso divino.

Wukong chasqueó la lengua. "Por supuesto... él."

La puerta se abrió por completo y por un momento todo pareció quedar en silencio —incluso Cerbero, que jadeaba pesadamente, como si luchara contra su propia naturaleza.

Luego, una inmensa sombra se proyectó sobre el suelo.

La figura que surgió fue colosal, incluso para los estándares divinos. Hércules avanzó con pasos lentos, cada paso resonando como un tambor. El cuerpo





musculoso parecía esculpido en piedra viva, envuelto en una armadura dorada con tallas que brillaban como lava. Sobre sus hombros llevaba la piel de un león —el León de Nemea— cuyos ojos vacíos todavía parecían observar el mundo de los vivos.

"Eso... es una entrada," murmuró Ada, con una expresión entre admiración y asombro.

Vergil, por otro lado, mantuvo la misma expresión de aburrimiento contenido.

"Qué exageración." Cruzó los brazos. "Los héroes y su drama teatral..."

Hércules se detuvo en el centro del pasillo. El aire que lo rodeaba parecía vibrar, como si el espacio mismo se doblara bajo el peso de su presencia. Sus músculos tensos, su mirada firme y el brillo dorado de su aura divina hicieron que incluso los dioses menores guardaran silencio.



Wukong bajó su ventilador y su mirada se estrechó. "Eso explica el comportamiento del perro."

Cerbera continuó dando vueltas. Las cadenas se tensaron, sus patas arañaron el suelo y cada una de las tres cabezas ladró en tonos diferentes —un grito de advertencia, de furia y de instinto. De sus bocas brotaba espuma, sus colmillos crujían y saltaban chispas mientras el acero de las cadenas raspaba las rocas negras.

"Huele a Zeus", dijo Wukong, haciendo girar el ventilador entre sus dedos. "Y no le gusta ni un poquito."

Ada dio un paso atrás y su corazón se aceleró. "¿Y qué hacemos si rompe esas cadenas?"



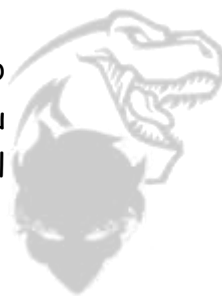
Virgilio se volvió hacia ella con la misma serenidad que mostró en medio de las batallas. Su mirada era fría e inquebrantable.

"No lo haré", dijo mientras se ajustaba el guante. "Él sabe que moriría instantáneamente con la cabeza cortada."

Ada frunció el ceño. "¿Cuál de los tres? ¿Cómo puedes estar tan seguro?"

Una media sonrisa curvó sus labios. "Yamato tiembla dentro de mi subespacio", respondió, en un tono casi reflexivo. "Eso sólo sucede cuando hay otra espada como ésta... o más poderosa... cerca."

El silencio entre ambos duró un momento. El sonido de las cadenas de Cerbero y el rugido lejano resonaron en la sala, pero Virgilio no les prestó atención. Su mirada se elevó lenta y atentamente—barriendo el entorno hasta llegar al techo abovedado de Erebus.



Y luego la vio.

Sentada con una calma casi insolente sobre una de las vigas suspendidas, una mujer observó la escena desde arriba—con las piernas cruzadas, balanceándose ligeramente, como si el caos de abajo fuera un mero espectáculo.

Su kimono —una yukata en tonos negros, morados y blancos— se balanceaba suavemente en la corriente de aire frío que descendía del techo. La tela parecía hecha de humo y luz, y cada pliegue reflejaba fragmentos del trueno contenido. Su largo cabello negro caía en cascada por su espalda y sus ojos —profundos, intensos— ardían con un brillo que parecía acero pulido.





Virgilio la observó durante unos segundos, inmóvil, antes de murmurar:

"Así que eres tú... Susanoo."

El nombre resonó suavemente, pero Wukong inmediatamente levantó la vista y reconoció su peso.

La mujer de arriba inclinó ligeramente la cabeza y sus labios se curvaron formando una sonrisa sutil.

"No sabía que el Quinto sabía de mí. Eso es sorprendente. Debió haber sido Paimón quien habló de mi presencia."

Su voz era tranquila, pero cargada de autoridad—, una música antigua, casi como el sonido distante de una tormenta que se avecinaba.

Virgilio mantuvo la mirada fija. "Es difícil no darse cuenta cuando todo el aire parece cortarse."

Susanoo se rió suavemente y el sonido —suave pero claro— recorrió el pasillo como el tintineo del metal.

"He sentido curiosidad por ti; parece que tienes una espada interesante ahí," dijo Vergil sonriendo.

